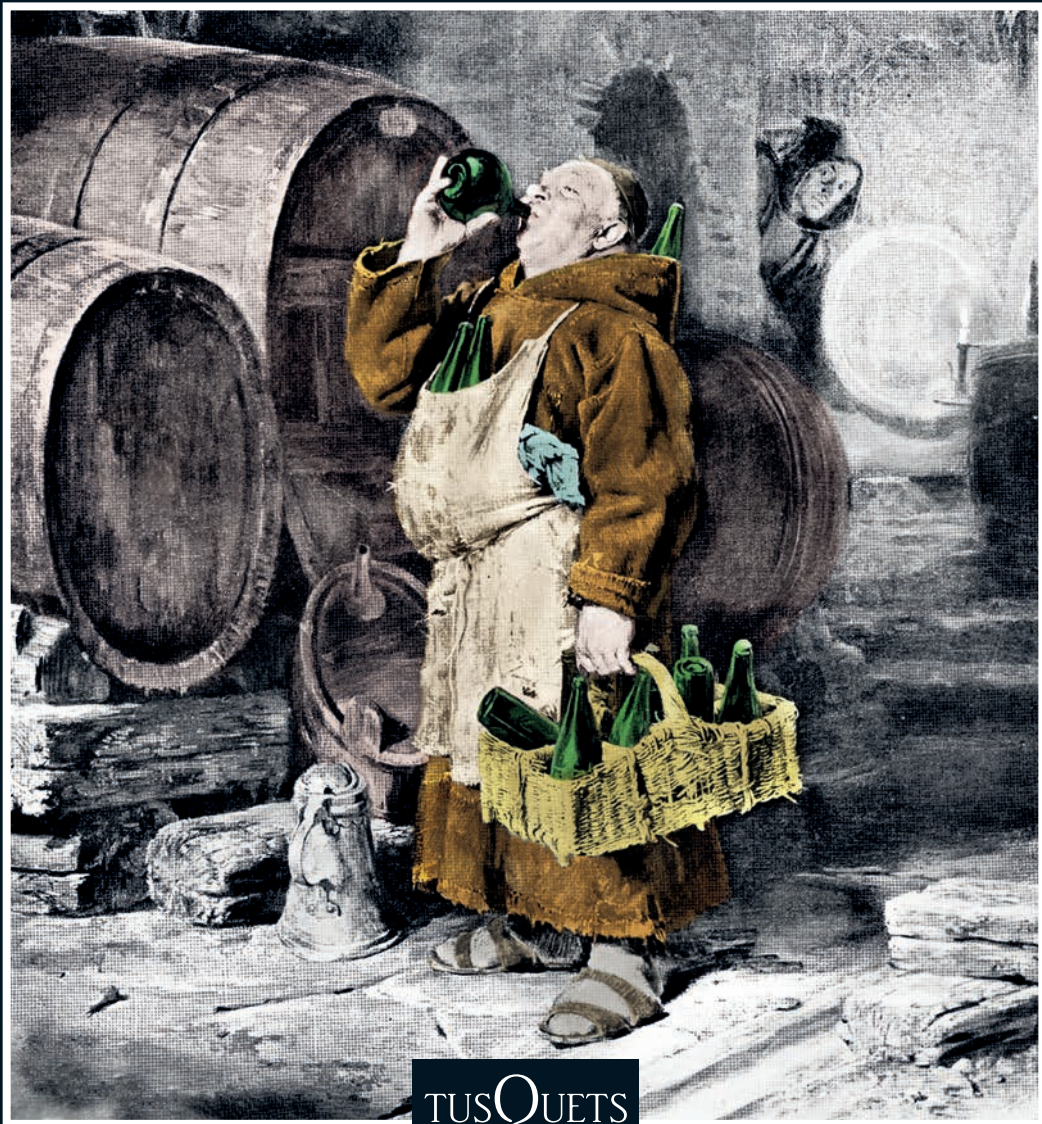


Lorenzo G. Acebedo

LA TABERNA DE SILOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LORENZO G. ACEBEDO
LA TABERNA DE SILOS

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: junio de 2023

© Lorenzo G. Acebedo, 2023

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-319-6
Depósito legal: B. 8.446-2023
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

<i>Pórtico</i> . El banquete	11
<i>Tres días antes de partir</i> . Un encargo delicado.	20
<i>Primer día</i> . Fugitivo en la lluvia.	38
<i>Segundo día</i> . El huerto deshecho.	56
<i>Segundo día (parte II)</i> . Ecos de la batalla.	72
<i>Tercer día</i> . Llamada a capítulo	98
<i>Cuarto día</i> . Las guardianas de la biblioteca	116
<i>Quinto día</i> . El mar en llamas	147
<i>Sexto día</i> . Toda la carne es hierba	170
<i>Séptimo día</i> . Mujeres que leen	193
<i>Octavo día</i> . El ángel de las sombras.	206
<i>Noveno y décimo días</i> . Un vaso de buen vino.	229
<i>Undécimo día</i> . El nombre del diablo	252
<i>Últimos días</i> . La magia de Fátima.	271
<i>Coda</i> . La función de las cúpulas	283

Lo que me parece más difícil, casi asombroso, no es que aquel hombre pudiera perdonar mis pecados, siempre en el nombre del Padre, sino el simple hecho de que fuera capaz de comprenderlos.

Los ojos diminutos del que sería mi confesor, sus dedos cortos y toscos, sus labios abultados y manchados de grasa no daban para mucho más que la gula, una lujuria ocasional, entre vacuna y porcina, y acaso la avaricia más primitiva. Todas hijas de la carne, que siempre afirma y nunca duda, muy ajenas al dolor del espíritu, que siempre niega y se interroga.

—¡Cristo nos acompaña! —dijo de pronto fray Antonio, saltándose ensimismado de placer la regla que prohíbe hablar en el refectorio durante la comida.

No hubo reproche alguno, sino un murmullo sordo de asentimiento, que casi tapó la voz de fray Melanio, el encargado de la lectura aquella semana:

Entonces se acercaron los discípulos y le dijeron:

«¿Por qué les hablas en parábolas?».

Y él, en respuesta, les dijo: «Porque a vosotros se os concede conocer los misterios del reino de los cielos, mas a ellos no. Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más, pero al que no tiene, hasta lo que tiene se le quitará».

A mi lado, Lope, el peregrino improbable, llamaba haciendo gestos con su escudilla vacía a los hermanos cocineros, pidiendo más antes de que se acabara o alguien se le adelantara. Es verdad que el estofado era excepcional, en todos los sentidos. Yo estaba fascinado, nunca había probado nada semejante, y menos en un monasterio benedictino. Con los propios monjes cocinando por turnos, lo normal es que no haya por dónde hincarle el diente a nada. Así que un guiso como aquel debía de sentirse muy incomprendido, casi malgastado, viéndose víctima de una gula tan torpe como la de fray Antonio.

Aquella carne dejaba en la boca un sabor más delicado que el de la ternera, más profundo que el del cerdo, más intenso que el del carnero y más prolongado que el del buey. Merecía pecadores imaginativos a su altura, con menos hambre atrasada. Un cardenal de Roma, por lo menos.

En el refectorio, aunque no había cardenales, el guiso podía contar con pecadores de exquisito paladar. Exigentes, caprichosos, despiadados y ambiciosos como príncipes de la Iglesia o emperadores romanos.

Ahora que el orden ha cambiado y los monasterios han quedado relegados en beneficio de las cancillerías de los burgos, cuesta recordarlo, pero por entonces solo los campesinos pensaban aún que en el monasterio los monjes se apartaban del siglo. Todo lo contrario: los monasterios *eran* el siglo. En realidad la única vida retirada y contemplativa, si la hay, es la que llevan todavía esos crédulos campesinos en su terruño. Ninguna de las pasiones humanas se quedaba entonces fuera de un monasterio, sobre todo las más avasalladoras: el deseo, la ira, la ambición de poder. La sangre oscura del siglo circulaba dentro de las abadías, tan espesa como en las cortes de los reyes y tan turbia como en los ejércitos. Pero también la espuma nacarada del siglo: la pasión por el

arte, los códices miniados, los alejandrinos de la cuaderna vía, los saberes secretos y los escolásticos, los herméticos y los prohibidos... Desde la nervadura de una bóveda hasta el arco, vagamente ojival, de las manos de una Virgen orante en el tímpano de una iglesia, quizá esculpida por el propio fray Bermudo, que siempre comía dos sillas a mi derecha.

En realidad aquellos monjes comensales formaban una variada representación del mundo, en la que no faltaban un judas, un inocente, una mujer joven disfrazada de hombre y decidida a todo, y también un asesino... Aunque bajo el hábito negro y la negra capucha que nos hacían a todos iguales, cualquiera podía ser el héroe o el traidor, la víctima o el verdugo, la mujer o el hombre. Todos éramos nadie y cada uno era el resto de los hombres. Siempre han llamado a los benedictinos los monjes negros, frente a los monjes blancos del Císter, cuyo hábito de nieve no cubre sin embargo menos tinieblas ni más serenidad.

En las ventanas del muro sur aún brillaba la última luz declinante de ese sol incansable de Castilla, pero en las que daban al claustro ya llegaba la noche. Me llevé a la boca otro hueso del que la tierna carne se despegaba casi sin esfuerzo. Dudé que ninguno de los discípulos de Bernardo de Clara-val pudiera cocinar algo tan sublime, por muchos poderes terrenales que haya acumulado el Císter.

Para que se cumpliera lo que dijo el profeta:

«Abriré en parábolas mi boca,
en que rebosa lo oculto desde la fundación del mundo».

—Esto se paguece a... —exclamó cerca de mí la voz nasal y estropajosa de fray Bermudo, incapaz de pronunciar las erres.

Al segundo comentario, la regla del silencio se desvanecía ante la tentación eterna del ruido.

—Esto no tiene igual, no se parece a nada —interrumpí antes de mirarle.

Se había puesto de pie, pálido, y tan asustado como si le hubiera mordido una víbora y el veneno avanzara ya sin remedio por sus venas, a punto de alcanzar el indefenso corazón. Levantaba la mano y miraba la pieza de carne que descansaba en su cuchara.

Era un dedo humano, aunque sin uña. Debía de haberse desprendido tras varias horas de cocción en la olla borbotante.

Quise creer que era de madera y lo había tallado el propio fray Bermudo, maestro escultor de Silos, para hacer una de esas eternas bromas sin gracia que se practican solo en los cuarteles y en los monasterios, bromas de gente embotada y sin conocimiento práctico de la verdadera esencia del ocio. «El que hace bromas se convertirá en monstruo por su aspecto después de la muerte», pensaba recordarle. Pero la cara de espanto del fraile me quitó la idea de la cabeza.

Al tiempo, la mujer disfrazada de monje que se hacía llamar fray Servando brincó lanzando un grito tan femenino que aún me asombra que nadie se diera cuenta al instante de que no era lo que decía ser. Sin duda estaban todos muy ocupados buscando entre sus muchos pecados el que los había llevado allí. La muchacha quedó de pie con la banqueta en las manos, boquiabierta, paralizada de terror.

Despacio, como quien desmonta una ballesta o un cepo, me saqué de la boca el trozo de aquella carne deliciosa y lo deposité en el centro del plato. Calculé, a partir del hueso que había saqueado antes de llevármelo a la boca, que sería un corte del antebrazo, cerca del codo.

Miré con aprensión el jarro de vino. ¿Se habría converti-

do también en sangre? ¿Quién nos había obligado a participar en aquella comunión caníbal?

Fui, entonces, uno de los pocos que reaccionó con calma. Fray Antonio gritaba y se daba puñetazos en el abdomen, y sin darse cuenta comenzó a jurar por la vida de sus hijos, que al parecer tenía en alguna aldea cercana. Fray Cipriano rezaba, o más bien le daba órdenes al que no puede recibirlas.

—¡Llevadme ahora, Señor! ¡Llevadme con vos! ¡Ya! —iba diciendo.

Fray Ortuño acababa de expulsar de forma espontánea sobre la mesa lo que había comido, y fray Agustín y fray Ángelo se metían los dedos en la boca para seguirlo, aunque solo consiguieron ruidosos ataques de tos. Fray Sinesio se había hincado de rodillas con los brazos en cruz y pedía confesión a voces.

Fray Muño se había desatado el cinto y se azotaba con la sogá mientras nos preguntaba mostrando una sonrisa sardónica que no acababa de encajar en su rostro ignorante:

—Pero ¿no os dais cuenta de que estamos todos muertos? ¿No veis que ya hemos llegado al infierno? ¿Es que no lo veis? —insistía.

Consideré con alivio la posibilidad de que fray Muño estuviera en lo cierto. El infierno al menos habría sido un desenlace. Pero no. Hice un cálculo rápido entre los monjes que no se habían sentado a la mesa en el refectorio y, tras algunas deducciones, inevitables, enseguida imaginé a cuál de ellos nos estábamos comiendo. Lo que acababa de suceder anunciaba que nada había terminado todavía, que hasta el momento todas las conjeturas para hallar el lobo con piel de carnero que devoraba a aquel rebaño iban por mal camino, y, peor aún, que la conclusión final no llegaría hasta que algunos consiguieran lo que pretendían.

Por su parte, los pobres novicios no entendían nada. Muchos de ellos lloraban aterrados, igual que lloraba fray Melanio, el lector de aquella semana, por compasión más que nada, ya que a él le había sido hurtado el bocado maldito. Solo el más insignificante de los muchachos permanecía mudo: el pequeño Deogratias, impasible, con la mirada gacha.

Busqué a alguien más que mantuviera la calma y vi al encapuchado fray Aznaro, el monje con el que compartí estudios teológicos en Palencia y gritos de odio en la batalla de las Navas de Tolosa. Había adoptado la postura meditativa en la que habitualmente rezaba, con la cabeza alzada, los ojos cerrados y el rostro impasible. A algunos la religión los salva de todo.

Fray Adulfo, el prior, también había reaccionado sin demasiados excesos. Había obligado a los novicios a arrodillarse en un extremo del refectorio y, arrodillado también, enhebraba avemarías con ellos, en voz alta, una tras de otra.

Solo entonces me di cuenta de que a mi lado Lope, el peregrino imposible, seguía comiendo a cuatro carrillos. Tuve que darle un manotazo en el brazo para que lo dejara.

—¡Vale, vale!, qui ya paro —exclamó levantando las manos molesto—. ¡Tranquilítá!

Si hubiera tenido algo de sentido común, ya me habría escapado unos días antes de allí, pero entonces andaría por los cuarenta años, y era aún de esa clase de personas que oyen un grito en la oscuridad y corren a acercarse, en lugar de mirar para otro lado y salir silbando en dirección opuesta.

Eran tiempos difíciles. Aunque, bien pensado, ¿cuáles no lo son?

Fui a Silos hace muchos años, unos treinta, cuando aún vivía el rey Fernando III, poco antes de que su majestad conquistara Córdoba y poco después de que muriera su esposa, la reina Beatriz de Suabia.

Yo aún no había perdido la guerra contra la edad, pero ya había sido vencido en algunas batallas decisivas: el orgullo, el pelo, la ilusión del amor y la de la fama. En cuanto a la barriga, la línea del frente se mantenía todavía estable, gracias a mis años de soldado y a mis ejercicios casi diarios.

En realidad llegué allí para cumplir un encargo sencillo, copiar un manuscrito latino para hacerlo mío, en más de un sentido. Escribir es un trabajo delicado que solo exige pasión y precisión, paciencia y soledad, un jarro de vino a poca distancia y algo en lo que fatigar el cuerpo tras horas inclinado sobre la página. Igual que trabajar un huerto, por ejemplo. Del mismo orden que el huerto y los poemas son también una mujer o un río. Empresas más que suficientes para que uno les dedique la vida entera.

O un simple saco lleno de hierbas y hojas secas colgado de una viga, en el peor de los casos.

Desde luego, cuando fui a Silos no entraba en mis planes ni por asomo masticar e ingerir la carne del brazo de otro hombre. No imaginaba peligros ni, mucho menos, que la sangre del siglo fuera a derramarse a mi alrededor. Pero así sucedió desde la primera noche.

Y como digo, lo peor es que entonces no miré para otro lado ni hui en dirección contraria, sino que me acerqué a ver lo que sucedía. Y ahí tenía el resultado. Ya antes de la infausta cena todos se apartaban de mí, que era el extraño, el que no formaba parte de aquella comunidad fraternal. Me miraban aprensivos o asustados cuando se encontraban conmigo, o de reojo, si estábamos en la misma sala, y en cuanto su mirada se cruzaba con la mía desviaban la vista como si les

quemara. Quizá pensaran que mi llegada había atraído la desgracia sobre el monasterio.

Me sentía como Jonás en el barco, antes de que los marineros lo echaran por la borda para aplacar la tormenta, de la que le suponían culpable al intentar ocultarse de su dios.

Como si fuera posible esquivar la mirada de un dios Padre.

Aquel día yo cerré los ojos para no ver el baile enloquecido y obsceno de los monjes. De algún modo conseguí abstraerme, porque cuando volví a abrirlos fray Sinesio, que debía de haber obtenido la absolución, estaba de vuelta en su asiento, libre de pecado al parecer. Y fray Antonio, con gesto aturdido y solemne, había dejado por fin de golpearse y se diría que rezaba, puesto que movía los labios, aunque de pronto resonó una de sus truculentas ventosidades. Fray Muño se había anudado el cinto, dejando por fin de alumbrarnos el infierno que nos rodeaba.

Nos quedamos en silencio. Y de nuevo se dio uno de esos momentos en que, si hubiera tenido algo de sentido común, me habría levantado, habría intentado que me devolvieran mis pertenencias y, con ellas o sin ellas, habría salido del monasterio y vuelto a mi pequeña iglesia de San Millán de la Cogolla. Una vez allí, habría buscado a dom Juan Sánchez, el abad de aquel otro monasterio, y le habría dicho que ni yo tenía ya cuerpo para andar copiando manuscritos ni él pagaba lo suficiente por un trabajo tan peligroso.

Pero no lo hice.

Seguí sentado y mantuve la cabeza levantada, mirando a mis compañeros uno a uno. Ninguno me devolvió la mirada, ni siquiera la mujer escondida bajo el hábito de monje.

Esto sucedió el décimo día de los dieciséis que pasé en el monasterio. Pensé entonces que nada más horrible me podía ocurrir ya en aquel lugar.

Me equivocaba gravemente. Lo peor estaba por llegar.

Y eso que entonces estaba convencido de que no iba a salir vivo de allí.

También me equivoqué en eso. Salí con vida, más viejo, pero no más sabio. Aunque quizá sea mejor empezar a contar la historia de aquellos desdichados días desde el principio.